

ECUADOR DEBATE 94

Quito-Ecuador, abril 2015

PRESENTACION / 3-8

COYUNTURA

El proceso de reforma laboral en el régimen de Alianza País: anotaciones desde la política y el poder / 9-22

Conflictividad socio-política: Noviembre 2014-Febrero 2015 / 23-30

TEMA CENTRAL

Reconfiguración de la relación estado-sindicalismo petrolero público en el Ecuador de la Revolución Ciudadana

Magali Marega / 31-42

Protección social o el reino de las mujeres pobres: Continuidades, cambios y rupturas en el Ecuador de los 2000

Alison Vásconez Rodríguez / 43-68

Los modos de ser de la informalidad: ¿hacia una nueva era de la precarización estructural del trabajo?

Ricardo Antunnes / 69-80

Situación de las trabajadoras remuneradas del hogar y su organización

Miriam Moya Herrera / 81-98

La precarización salarial y el capitalismo en Brasil. Un balance de la década del neodesarrollismo

Giovanni Alves / 99-114

Condiciones de trabajo en las empresas chinas

Raúl Harari / 115-130

DEBATE AGRARIO-RURAL

Fuerza de trabajo femenina en la agricultura de exportación de brócoli en Cotopaxi

María Rosa Yumbra Mantilla / 131-144

ANÁLISIS

Para el Debate. Algo sobre la soberanía energética

Teodoro Bustamante / 145-158

El campo intelectual en Bolivia: el Grupo *Comuna*

Christian J. Kanahuaty / 159-170

RESEÑAS

Alternativas virtuales vs. cambios reales. Derechos de la naturaleza, buen vivir, economía solidaria / 171-174

Lo público insurgente. Crisis y construcción de la esfera pública / 175-180

RESEÑAS

ALTERNATIVAS VIRTUALES VS. CAMBIOS REALES. DERECHOS DE LA NATURALEZA, BUEN VIVIR, ECONOMÍA SOLIDARIA

José Sánchez Parga
CAAP, Quito, 2014, 127 pp.

Víctor Bretón Solo de Zaldívar

Alternativas virtuales vs. Cambios reales (2014) es el último libro del recientemente desaparecido José Sánchez Parga, autor prolífico y polifacético que desarrolló una vasta producción intelectual y que hizo contribuciones muy remarcables al desarrollo de las ciencias sociales en la región andina, particularmente en Ecuador. Siempre polémico –en el mejor y más noble sentido del término, esto es, el de generar discusión ante el planteamiento de argumentos sólidos y contrastados–, en esta publicación recoge y amplía un conjunto de reflexiones que había venido desarrollando a lo largo de los últimos años, y que vieron la luz, muchas de ellas, en forma de artículos puntuales en la revista *Ecuador Debate* del Centro Andino de Acción Popular, institución en cuyo seno desempeñó buena parte de su quehacer como investigador e intelectual.

El punto de partida del libro es la contraposición entre luchas sociales y luchas ideológicas o, mejor dicho, en cómo la forma de las luchas sociales se expresa en la forma que adoptan los combates ideológicos (capítulos 1 y 2). Partiendo de la base –tanto de raigambre marxista como weberiana– de que todo modelo de explotación se corresponde con un “modelo de encubrimiento y legitimación de orden sagrado o religioso, filosófico, naturalista o histórico”, el autor fundamenta su reflexión en el supuesto de que “cuanto más se desmaterializa la explotación y la dominación, tanto más teórica, ideológica o discursiva se vuelve su legitimación y tanto más se internaliza en los actores sociales” (pág. 11).

Eso le sirve para poner frente a frente la naturaleza de las luchas sociales “clásicas” en el seno del capitalismo avanzado y sus ideologías de soporte (aquellas

articuladas alrededor del componente de enfrentamiento de clases antagónicas, con intereses contrapuestos y, como consecuencia de ello, con ideologías de corte transformador) con las características de los tiempos recientes, más *reactivas* que *reivindicativas*, inocuas desde el punto de vista de sus consecuencias sistémicas y sustentadas en todo un conjunto de discursos sumamente livianos en su consistencia intelectual y más mediáticos que analíticos. Ello es así, en buena medida, por tratarse a juicio del autor de una serie de dinámicas consecuencia de la consolidación hegemónica del orden neoliberal a escala planetaria y de la asunción implícita (por parte de todos, tirios y troyanos), de la máxima thacheriana de que “no hay alternativa” al *status quo* impuesto por el fundamentalismo del mercado.

La legitimación del orden neoliberal –totalitario y excluyente, por más señas– se expresa según Sánchez Parga en la prevalencia de regímenes democráticos vaciados de contenido, y ahí la subordinación de *lo político* a la lógica perversa del capital financiero y especulativo es conspicua (las reflexiones del libro en este sentido acercan mucho al autor a una de las tesis básicas de *La gran transformación* de Karl Polanyi). Y claro, esa nueva lógica devenida en hegemónica tras el largo paréntesis del keynesianismo de las décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial (y expresada, por ejemplo, en los modelos *cepalinos* latinoamericanos o en el manido *Estado del bienestar* europeo), se ha traducido en nuevas racionalidades, nuevas formas de protesta y nuevos discursos sumamente anclados a las dinámicas del mercado que, parafraseando a Žižek, corren el riesgo de terminar “enamoradas de sí mismas”.

Me parece que las dinámicas de muchos de los movimientos sociales de la América Latina de las últimas décadas, de su articulación, sus maneras de vehicular la acción colectiva, la naturaleza de sus demandas y, por desgracia con frecuencia, la manera en que forman parte de una determinada circulación de mercaderías “alternativas” que recorren el mundo en múltiples direcciones y son “consumidas” por activistas, intelectuales bienintencionados y, en general, por gentes desengañadas y deseosas de cambios pero sin una alternativa epistémica transformadora de soporte (recuérdese el profético “fin de la Historia” de Fukuyama y su consecuencia implícita, el del “fin de las ideologías”), podrían encajar en ese tipo de interpretación. De la misma manera que la articulación de una miríada de organizaciones de la llamada *sociedad civil* en los llamados Nortes adolece de la organicidad, la coherencia y la agenda de una confrontación sistémica y radical –epistemológicamente hablando– al *establishment* neoliberal imperante.

De ahí la generación –y, ciertamente, la expresión resultará muy polémica– de discursos *reaccionarios* por parte de esos (aparentemente) nuevos actores sociales en combate; unos discursos revestidos de una *alternatividad* vacua, sin contenido real en tanto no son portadores de una alternativa política que ponga encima de la mesa, sin ambages y sustentada sobre análisis objetivables y verificables de la realidad, propuestas que vayan al meollo del asunto, que no debiera ser otro que la transformación radical de ese modelo totalitario, hegemónico, excluyente y absorbente que se representa a sí mismo como el único camino posible y que, en base a ello, ha terminado por colonizar los imaginarios colectivos.

Esos discursos falsamente alternativos (y, por ello, reaccionarios en el fondo) tienen poco calado intelectual, están encadenados a la lógica de los *mass media* y la mercadotecnia discursiva y son, en última instancia, adormecedores de las conciencias críticas. Esa constatación le permite al autor reflexionar sobre el rol cambiante del intelectual, que ha ido mudando el epicentro de su quehacer de la academia (entendida como espacio de producción de conocimiento y discusión) a los medios de comunicación de masas; del debate científico y el aporte reflexivo como mecanismo de validación de su trabajo, a la participación en tertulias o a la portavocía de eslóganes vacuos, mediáticos y que, en el fondo, poco o nada cuestionan las razones profundas que subyacen a la escandalosa e inmoral concentración de la riqueza (y su corolario, el incremento de la exclusión en todos los órdenes) a escala planetaria (ver pp. 21-32). “Fácilmente se logra así sustraer –advierte Sánchez Parga– a todo posible análisis y crítica a los factores estructurales de los principales y más graves problemas sociales”. De ahí que, a su juicio, “hoy más que nunca, se impone una *teoría crítica de la sociedad*, que articule las causas estructurales que los producen con los procedimientos que tienden a encubrirlos y legitimarlos” (p. 20).

A partir de ese diagnóstico contundente, Sánchez Parga centra la atención en la naturaleza mistificadora de los discursos característicos de esta época de falsas ideologías y carencia de alternativas reales: de cómo el eslogan de la *lucha contra la pobreza* (sin cuestionar el incremento de la concentración de la riqueza, razón estructural de aquella), el fomento del *capital humano* (en un ejercicio, como diría Ben Fine, de eco-

nomizar las ciencias sociales y de *mercantilizar* a los portadores de tal capital en la medida en que se les equipara con meros medios de producción), o la moda de los *microcréditos* como mecanismo para promover el empoderamiento de los pobres (Yunus como adalid del desarrollo del *homo oeconomicus* que todo ser humano lleva presuntamente dentro de sí), no son en el fondo más que instrumentos a partir de los cuales se desvía la atención, se canalizan las iniciativas y se direcciona la acción colectiva hacia andariveles sumamente funcionales (en cualquier caso, nada peligrosos) para con el patrón de acumulación dominante. En ese sentido –añado yo– sí que son modelos alternativos, pero alternativos a un posicionamiento radicalmente enfrentado a la lógica envolvente del capitalismo neoliberal de los últimos tiempos.

A todo esto contribuyó, naturalmente, la crisis de las ideologías tradicionales (y ahí se impone un *mea culpa* por parte de las ortodoxias *quasi* escolásticas en que incurrieron no pocos marxistas estructurales, por poner un ejemplo hartamente frecuente en las ciencias sociales latinoamericanas), la irrupción del posmodernismo como filosofía de la acientificidad de las disciplinas sociales (Jameson), dinamitando de paso toda su capacidad propositiva en términos de transformaciones sociales de empaque, y el mencionado cambio de rol de los intelectuales en un escenario en el que la academia se burocratiza, se administraliza y se somete, en fin, a todo un complejo sistema de control (presuntamente en nombre de la “calidad”) que muy bien podrían ser interpretados en términos biopolíticos (Foucault).

Tras ese escenario devastador, Sánchez Parga se fija en tres de los “temas estrella”

que en los últimos años han devenido en eslóganes identificativos de propuestas presentadas como alternativas: el de los derechos de la naturaleza (capítulo 3), el de la economía solidaria (capítulo 4) y el del Buen Vivir (*Sumak Kawsay* en quichua, *Suma Qamaña* en aymara) (capítulo 5). Se argumenta así de qué manera el modo en que se han planteado los derechos de la naturaleza constituye un producto típico del entorno neoliberal en que se han gestado, en tanto encubren elementos estructurales (la cuadratura del círculo, y eso lo añado yo, sería la publicitación del oxímoron del *desarrollo sostenible*) y excluye la indispensabilidad de su institucionalización para hacerlos efectivos: un ejemplo paradigmático, así, de esta extraña proliferación de derechos en un escenario caracterizado precisamente por la desposesión de la capacidad de ejercerlos. De manera similar, buena parte de la literatura sobre la economía solidaria, cargada de buenas intenciones, deja de lado el hecho insoslayable –de marcada raigambre substantivista– de que las “economías” no son *per se* solidarias ni insolidarias, sino que en todo caso son las sociedades las que hacen más o menos solidarias sus economías. Ahí me viene a la cabeza aquella definición planteada en la década del 50 por Polanyi, ni más ni menos, que entendía por economía el estudio de los *procesos institucionalizados* de producción, distribución y consumo de bienes y servicios; definición que pone de manifiesto, más de medio siglo después, lo artificioso que resulta discernir –incluso constitucionalmente– una esfera “solidaria” de la economía de otra que no lo es por estar regida bajo los parámetros de la lógica del mercado.

La crítica vertida sobre la literatura apologética del *Sumak Kawsay* y su asunción incluso por los gobiernos de la región de corte progresista (calificados además como posneoliberales por una parte de la literatura académica), está en la línea de lo que en los últimos años se ha ido publicando desde perspectivas críticas ancladas en su genealogía y su ausencia de fundamento etnográfico y etnohistórico: el constituir, en el mejor de los casos, una suerte de “tradición inventada” que contribuye, por activa o por pasiva, a esencializar las culturas andino-amazónicas supuestamente portadoras de tal noción; a encubrir el fundamento desarrollista y extractivista de los regímenes que formalmente la asumen; y en ser, en fin, una suerte de utopía *retroevolucionaria* envuelta en un discurso en apariencia progresista.

Dejo de lado aspectos del libro con los que discrepo y que, en cualquier caso, son menores en relación a la tesis fundamental que en él se defiende. Sánchez Parga nos propone una serie de reflexiones para discutir, debatir con serenidad y agudizar la intuición contra los cantos de cisne discursivos que nos asedian. Su alternativa es la que él siempre defendió con su quehacer cotidiano: el trabajo intelectual serio y riguroso; la contrastación de los argumentos y las hipótesis; la reivindicación, en suma, del potencial transformador que encierra el conocimiento en el largo camino por construir, paso a paso y sin atajos, una verdadera alternativa epistemológica y práctica (política) a la ideología envolvente y paralizadora del *Big Brother* neoliberal y sus adláteres mediáticos.